

Navidades de miedo

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

En cubierta: ilustración © Carolina T. Godina  
Diseño gráfico: Gloria Gauger  
© De la edición, prólogo, traducción (excepto «Una noche de espanto», © Saturnino Ximénez Enrich) y notas, J. A. Molina Foix  
© Ediciones Siruela, S. A., 2024  
c/ Almagro 25, ppal. dcha.  
28010 Madrid. Tel.: + 34 91 355 57 20  
[www.siruela.com](http://www.siruela.com)  
ISBN: 978-84-10183-36-0  
Depósito legal: M-13.518-2024  
Impreso en Gráficas Dehon  
*Printed and made in Spain*

Papel 100% procedente de bosques gestionados  
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

# NAVIDADES DE MIEDO

Edición, prólogo y traducción de  
Juan Antonio Molina Foix

 Siruela

Libros del Tiempo

# Índice

<i>Prólogo</i>	13
----------------	----

## NAVIDADES DE MIEDO

Historia de los duendes que se llevaron a un sacristán CHARLES DICKENS	23
El banquete de Navidad NATHANIEL HAWTHORNE	37
Extraño juego navideño <i>MISTRESS</i> J. H. RIDDELL	61
El sacristán muerto SHERIDAN LE FANU	75
La mula y el buey (Cuento de Navidad) BENITO PÉREZ GALDÓS	101

Historia de una desaparición y una aparición	253
M. R. JAMES	
Un nuevo villancico navideño	273
ARTHUR MACHEN	

*Para Cecilia, Bruno, Lucía  
y demás comensales de San Agustín*

## Prólogo

*A sad tale's best for winter. I have one of sprites and goblins.*

SHAKESPEARE, *Cuento de invierno* (1611)

*Ah, distinctly I remember it was in the bleak  
December,  
And each separate dying ember wrought its ghost  
upon the floor.*

POE, «El cuervo» (1845)

«La historia nos había mantenido sin resuello, en torno al fuego, pero salvo la obvia observación de que era espantosa, como básicamente debe serlo cualquier relato curioso contado en Nochebuena en una casa antigua...». Así empieza la célebre *nouvelle* de Henry James *Vuelta de tuerca* (1898), haciéndose eco de la costumbre ancestral de reunirse alrededor de la chimenea para contarse cuentos de fantasmas. La víspera de Navidad como noche de gran gala de los espectros.

La creencia en fantasmas se remonta a la Antigüedad. La tradición probablemente sea tan antigua como la propia hu-

manidad y el gusto por la narración oral. Por lo tanto, es natural que ambas se combinaran en el invierno, cuando la muerte estaba presente en la mente de las personas, incluidos los recuerdos del fallecimiento de sus seres queridos, por lo que los cuentos de fantasmas se convirtieron en tales fechas en una popular actividad oral junto a la chimenea.

La tradición probablemente comenzó a partir de la fiesta pagana de Yule de los antiguos pueblos escandinavos y germanos, a su vez una hibridación de las Saturnales romanas, rito con el que se daba la bienvenida al invierno. La Navidad cristiana absorbió y amalgamó dichas celebraciones de lo que los antiguos llamaban «días angostos», los menos luminosos y más cortos del año. La creencia predominante es que la combinación fue una consecuencia natural de las largas noches de invierno y los rituales paganos vinculados al solsticio correspondiente. Los practicantes creían que los espíritus de los muertos estaban más activos durante esa época del año.

«Cuentos de invierno» es un término que probablemente se utilizó un siglo antes de Marlowe y la era isabelina, y continuó haciéndose durante algún tiempo después, y se puede decir que constituye un subgénero en sí mismo. Es más difícil establecer definitivamente su asociación con la Navidad, pero durante la era Tudor, la Navidad era una fiesta popular y, como probablemente hacía frío, es seguro que, con la familia reunida alrededor del fuego, se contaban historias de fantasmas.

Como señaló Chesterton, la famosa obra de Dickens *A Christmas Carol in Prose: Being a Ghost-Story of Christmas* (1843) debe gran parte de su hilaridad al hecho de ser un cuento de invierno, y de un invierno muy invernal. El ambiente suele acompañar. La Nochebuena coincide, con apenas un par de días de diferencia, con el solsticio de invierno, es decir, la noche más larga del año. Es época de frío, nieve, oscuridad y largas noches. El momento idóneo para que los sentimientos más oscuros del hombre se exacerben.

En cierto modo, las historias con las que nos encanta ser inquietados son también una forma de preparación, a menudo para lo peor, un eficaz lenitivo para mitigar los sufrimientos del ánimo. Acurrucados en nuestro sillón favorito, en un ambiente netamente festivo, nos tranquilizamos frente a las cosas que sabemos que pueden hacernos daño. Afuera hace frío, pero podemos subir la calefacción. El clima exterior se vuelve sombrío o amenazador, y es hora de redescubrir ese sentido del juego que muchos de nosotros hemos perdido con los años y que, a veces con un poco de suerte, nos acordamos de redescubrir en Navidad. Es una forma de aligerar la carga de nuestros pensamientos recurriendo a cuentos fantásticos diseñados para enmascarar las cosas que más nos asustan. En una época del año en la que es posible optar por quedarse cómodamente en casa a salvo del mal tiempo y con abundante comida y bebida, el estremecimiento al leer sobre aparecidos suele ser un grato contraste.

Pero el atractivo secreto de estos cuentos —de las horribles criaturas que creamos, los fantasmas que nos acechan y los demonios que descubrimos operando dentro de nuestras propias mentes— es que, si bien las historias en sí son ficciones, los peligros subyacentes que evocan y la emoción que sentimos al enfrentarnos a ellos son, al final, bastante reales.

En 1918 Virginia Woolf escribió un ensayo, «Ghost Stories, Feelings, Our Love», en el que cuestionaba dicho atractivo, preguntándose: «¿Cómo vamos a explicar el extraño anhelo humano del placer de sentir miedo que está tan involucrado con nuestra afición por los cuentos de fantasmas?». La respuesta que ella misma propone puede decirnos mucho sobre por qué se convirtieron en una tradición navideña por derecho propio: «Es agradable tener miedo cuando somos conscientes de que no corremos ningún tipo de peligro».

No está del todo claro por qué en la Inglaterra victoriana el cuento de fantasmas estaba tan estrechamente asociado con la Navidad. La imagen de gente sentada frente al fuego, en

tiempos remotos, contándose este tipo de cuentos es casi un cliché, pero no parece haber mucha evidencia de ello. En su excelente y completo estudio de la Navidad tradicional, *Book of Christmas: Descriptive of the Customs, Ceremonies, Traditions, Superstitions, Fun, Feeling and Festivities of the Christmas Season* (1845), Thomas K. Hervey ni siquiera menciona las *ghost stories*.

Los cuentos de fantasmas realmente alcanzaron popularidad en el siglo diecinueve, pasando de una tradición oral a la palabra impresa por primera vez en 1819, cuando Washington Irving publicó un relato que se refería a personas que se reunían en Navidad para contarse historias espectrales.

El escritor estadounidense, que había viajado a Inglaterra en 1815, publicó en 1819 *The Sketch Book of Geoffrey Crayon, Gent.*, que contenía algunos ensayos y cuentos, incluido el icónico «Sleepy Hollow», pero fueron sus cuatro artículos sobre la Navidad (en especial «Old Christmas») los que contribuyeron a recuperar el espíritu perdido de la festividad y a revivir el interés por costumbres que estaban desapareciendo en Inglaterra. Y, sobre todo, a crear un concepto más hogareño de la Navidad, alejado de la fiesta colectiva en los campos, confiriéndole ese aire de armonía familiar que todavía subsiste.

Cuando regresé al salón, encontré a los presentes sentados alrededor del fuego, escuchando al párroco, que estaba profundamente acomodado en una silla de roble de respaldo alto, obra de algún hábil artífice de antaño [...]. Desde este venerable mueble, con el que tan admirablemente armonizaban su figura sombría y su arrugado rostro moreno, contaba extraños relatos de supersticiones y leyendas populares de los parajes circundantes que había llegado a conocer en el curso de sus investigaciones como anticuario.

A partir de esta cita, extraída de «Old Christmas», es obvio que la tradición de sentarse alrededor del fuego y contar

historias de fantasmas en Nochebuena es anterior a la era victoriana.

Antes de 1860, el libro navideño era una pretenciosa colección, primorosamente encuadernada, de versos melosos y grabados sentimentaloides, un melindroso regalo para una tía soltera o una novia platónica. Pero poco o nada tenía que ver con la Navidad, salvo que era en sí mismo una dádiva. A partir de esa fecha pasó a ser no una estrena, sino el emblema mismo de la Navidad laica en forma comprimida.

Solo de vez en cuando se escuchaba alguna voz contra esta interpretación social de la Navidad como sacramento de la gran familia. El personaje más conocido de Dickens, Ebenezer Scrooge, inolvidable protagonista de *A Christmas Carol* (1843), fue uno de ellos. Dickens era un firme defensor de la Navidad y, tal vez como reacción a su propia pobreza en la infancia, la promovió como una fiesta familiar. Era partidario de recuperar las antiguas tradiciones de una nostálgica Navidad inglesa para devolver una sensación de armonía que faltaba en el mundo que le rodeaba.

Su primera escaramuza en defensa de esa antigua tradición había sido «A Christmas Dinner», un breve relato incluido en *Sketches by Boz* (1833). Y en su primera novela, *The Posthumous Papers of the Pickwick Club* (1837), reincidió con un tal Gabriel Grub, un viejo y malvado sacristán que recibe la visita de duendes del pasado, presente y futuro, y aprende de los errores de su comportamiento.

Seis años más tarde, el 19 de diciembre de 1843, Dickens publicaría una historia más completa de *mister* Grub, con el nombre trocado en Ebenezer Scrooge, y el mundo cambió. Pero lo más importante fue que el concepto de Navidad experimentó un renacimiento, y lo que se había convertido en una festividad marginada despegó en Gran Bretaña y unos años más tarde explotó hasta convertirse en algo de proporciones gigantescas.

A finales del siglo diecinueve los cuentos de fantasmas navideños se habían vuelto tan omnipresentes que en 1891 el hu-

morista británico Jerome K. Jerome se quejaría en *Told After Supper*: «Cada vez que cinco o seis personas de habla inglesa se reúnen alrededor de una fogata en Nochebuena, empiezan a contarse historias de fantasmas. Nada nos satisface más en Nochebuena que escuchar auténticas anécdotas sobre espectros. Es una época genial y festiva, y nos encanta reflexionar acerca de tumbas, cadáveres, asesinatos y sangre».

El primer libro dedicado íntegramente a cuentos navideños de temática sobrenatural parece haber sido el popular *Round About Our Coal-Fire: or, Christmas Entertainments*, de autor anónimo, aparecido en Londres hacia 1730 (con varias ediciones en aquella década), que presentaba, además de un capítulo sobre historia de la magia, relatos sobre fantasmas y ogros.

Sin embargo, lo que dio alas a estos cuentos de miedo, diseñados para aligerar la carga de nuestros pensamientos y enmascarar las cosas que más nos asustan, fue la aparición del anuario de Navidad, un libro de entretenimiento que las revistas y publicaciones periódicas británicas más conocidas, como *Daily News*, *The Strand*, *The Pall Mall Magazine*, *The Evening News*, *The Cambridge Review*, *Household Words*, *All the Year Round*, *Blackwood's*, *Once a Week* o *St James's Budget*, e incluso editoriales como Routledge o Ward, Lock & Company, publicaban especialmente por esas fechas teniendo en mente los lucrativos mercados de Navidad y Año Nuevo.

El talante de esas publicaciones, en general, era el de «sol-tarse el pelo», incluso en las revistas más chapadas a la antigua. Su contenido estaba influenciado por los gustos literarios y culturales de una clase media emergente y hacía hincapié en historias de aventuras y peligros físicos, a menudo ambientadas en lugares extraños, dando énfasis a las emociones. El anuario solía incluir acertijos, charadas, tiras cómicas, máscaras navideñas completas, textos de pantomima, villancicos y canciones, ilustraciones especiales y poesía para Navidad,

adivanzas y trucos mágicos, chistes y diversiones similares. Y, por supuesto, cuentos de fantasmas.

La Revolución Industrial significó que la impresión se mecanizara por primera vez y, como resultado, el material de lectura se volvió mucho más asequible y podía producirse en masa. Al mismo tiempo, los niveles de alfabetización iban en aumento, creando un nuevo mercado para la literatura. Las publicaciones periódicas de ficción funcionaban casi como la televisión de su época: ofrecían entretenimiento ligero y requerían una gran cantidad de contenido organizado en partes manejables. La inclusión de historias en serie al estilo de una telenovela aseguraba que el público siguiera comprando nuevas emisiones. Los cuentos de fantasmas solían ser independientes y no seriales, y proporcionaban la posibilidad de variar el ritmo dentro de una publicación periódica. Funcionaron particularmente bien a mediados y finales del siglo diecinueve, lo que condujo a una verdadera edad de oro para el género. Dada su procedencia de la ancestral tradición oral, recuperada y transmitida de generación en generación, en los siguientes siglos es indudable que han ido perdiendo su raigambre, pero ello no es óbice para que sigan siendo una lectura perfecta no solo para las fechas navideñas, sino para cualquier otra época del año.

La mayor parte de los cuentos recogidos en esta antología procede de estos anuarios. Como es lógico, hay una gran mayoría de autores anglosajones (siete ingleses, dos escoceses, dos irlandeses, un galés y dos estadounidenses), pero me he permitido incluir dos españoles, un francés y hasta un ruso, que curiosamente también publicaron este tipo de cuentos en periódicos o revistas de sus respectivos países e igualmente en fechas navideñas. La nómina, además de variopinta, integra a los más reconocidos especialistas británicos del cuento de fantasmas (Riddell, Le Fanu, Bangs, Croker, Nesbit, Blackwood,

M. R. James o Machen), considerados clásicos indiscutibles de tan rica tradición porque lograron dar en el blanco numerosas veces obteniendo por ello su tan merecida fama, pero asimismo a otros autores esclarecidos, y no solo de lengua inglesa, que no pudieron resistirse al indudable atractivo de este género y, aunque ocasionalmente, lo cultivaron con gran maestría y brillantez. Tal es el caso de Dickens, Hawthorne, Galdós, Maupassant, Conan Doyle, Chéjov, Barrie, Hardy, Chesterton o Pardo Bazán.

La selección, naturalmente personal y sin duda arbitraria, como es de rigor, no pretende ser exhaustiva por razones obvias de espacio, pero sí al menos representativa del género en sus numerosas variantes. Teniendo siempre presente la máxima exigencia de calidad literaria, he tratado de mezclar una amplia variedad y originalidad de enfoques, alternando relatos consagrados con otros menos conocidos. Por eso he preferido obviar el popular *Christmas Carol* de Dickens y sustituirlo por su primera incursión en el género en puridad, pero a cambio, como adecuado colofón de la antología, incluyo una curiosa continuación del mismo que el ingenioso Machen, con su elegante prosa, se atrevió a escribir casi ochenta años después.

Para acabar, reconozco que mi única pretensión al hacer la selección ha sido que el lector lo pase de miedo, al menos tanto como yo lo pasé cuando en su tiempo leí estos cuentos y ahora lo he vuelto a pasar al releerlos para hacer la recopilación. Confío en que así sea.

JUAN ANTONIO MOLINA FOIX